

TRES ESPAÑOLES EN LA CORTE DEL ULTIMO SULTAN DE EGIPTO (1501 - 1517)

Los últimos tiempos del imperio mameluco en Egipto se caracterizan por un complicado juego de intrigas políticas, en las que participan personajes de condición muy varia. Tres de ellos, a cual más pintorescos, nos interesan tanto por ser españoles cuanto por su papel en aquellos acontecimientos. El fraile de Tierra Santa, el el renegado ambicioso, y el eterno aventurero aparecen aquí. Pensamos en fray Mauro de San Bernardino, guardián de los franciscanos, al parecer hombre virtuoso, quien actuó como intermediario entre el gobierno egipcio y los príncipes cristianos; tenemos luego el misterioso Taghribirdi, quizás antiguo rabino, quizás antiguo diácono y, en definitiva, Gran Dragomán de la corte; y, en fin, nos topamos con el asunto de Felipe de Peretz, o de Paredes, clásico intrigante internacional, cónsul de los catalanes en Alejandría.

Al comenzar el reinado del sultán Qansu al-Ghuri (1501-1517), las fronteras del imperio con el norte de Siria estaban constantemente amenazadas por los otomanos; en Persia se hacía sentir el poder del shah Ismail, creador de la dinastía safaví, muy interesado en la expansión territorial a costa de sus vecinos turcos y mamelucos. Por otro lado, la política de los Reyes Católicos, dueños ya de Granada, tenía fuertemente alarmados a los musulmanes del Mediterráneo: la presión sobre los vencidos para que se convirtieran al cristianismo y el temor a nuestras expediciones militares en el norte de Africa, movieron a los reyes de Marruecos, Túnez y estados berberiscos a formar una liga contra España, en la cual pretendieron incluir al Sultán. Los Caballeros de San Juan, con base en Rodas, continuaban hostigando la navegación de los musulmanes en el Mediterráneo; y, en fin, la nueva preponderancia de la marina portuguesa amenazaba arrebatarse el comercio de las especias a egipcios y venecianos.

De todos estos peligros, sin duda el mayor era la pérdida del tráfico de especias, traídas desde la India hasta Alejandría por naves del Sultán. Allí acudían los compradores venecianos. La nueva

ruta del Cabo de Buena Esperanza permitía a los portugueses cargar directamente la especias en la India, en cuyas costas se aseguraron posesiones fuertes y, pronto trasladaron la sede de tan importante negocio a Lisboa, con perjuicio de la economía de Egipto y de Venecia.

Y recordemos también que en la corte del Cairo los franceses deseaban suplantar la influencia política veneciana; continuaba allí la lucha por la exclusividad en el comercio de especias; y, para más, seguían vivos los conflictos entre las diferentes iglesias cristianas para conseguir privilegios en los Santos Lugares.

En 1501, en aguas de Calicut, el hundimiento de varias naves musulmanas, particulares y del Sultán, por los portugueses, disminuyó el tráfico entre Alejandría y Venecia, cuyo gobierno envió a Benedetto Sanuto como embajador al Cairo. En 1503 los portugueses echaron de nuevo a pique un gran navío egipcio, cargado de peregrinos a la Meca y asimismo de especias. Ello unido a las dificultades de los moros españoles con los Reyes Católicos, enfureció al Sultán, quien se hizo representar por Fray Mauro de San Bernardino ante los venecianos, los portugueses, el Papa y los reyes de España.

A su vuelta al Cairo, Fray Mauro dio cuenta del resultado negativo de sus gestiones. El Sultán no llevó a efecto sus amenazas pero comenzó a preparar una gran flota en Suez; aumentó las molestias a los comerciantes extranjeros, a quienes forzaba a tomar mercancía de mala calidad; y les subió los precios al tiempo que incrementó los impuestos¹.

Los de Rodas tomaron en aguas de Chipre otro rico navío del Sultán (1505) y éste, quien sospechaba la intervención de los venecianos en el caso, estuvo a punto de romper con éstos. La República envió a Alvise Sagadino, quien murió durante las negociaciones² y al-Ghuri, muy interesado en contentar a sus mejores clientes, despachó al Gran Dragomán Taghribirdi como embajador suyo³.

¹ El Sultán creía castigar así a los cristianos, sin advertir que de este modo aceleraba la ya inevitable decadencia comercial de Egipto.

² R. FULIN, *Girolamo Priuli e i suoi Diarii (I Portoghesi nell'India e i Veneziani in Egitto)*, (*Archivio Veneto*, XXII, I, 1881, 137-248).

³ De los aspectos económico y político de esta misión se ha ocupado extensamente JOHN WANSBROUGH, *A Mamluck Ambassador to Venice in 913/1507*, (*Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, XXVI, 3, 1963, 503-530). A Sanuto debemos curiosos detalles sobre los agasajos de que Taghribirdi fue objeto durante su escala en Rodas, por parte del Gran Maestre de San Juan, Aimery D'Amboise, y sobre su estancia en Venecia, donde la República le trató con inusitadas deferencias (Marino SANUTO, *Diarii*, VI, Venecia, 1881, pp. 416, 419-420 y 430).

La gestión del Dragomán en Venecia (17 de septiembre de 1506-26 de julio de 1507) allanó dificultades. El Sultán pidió artillería y madera para construir una flota contra los portugueses, pero la República respondió que sus compromisos con otras naciones cristianas y su difícil situación política se lo impedían; sugirió a la vez otros medios de conseguir ayuda. Y a poco, Bayaceto proporcionó todo lo pedido y oficiales turcos para supervisar los trabajos. Taghribirdi volvió a Alejandría a fines de julio de 1507 y, en su compañía, entre otros peregrinos cristianos, iban tres que en el futuro escribirían el relato de su viaje a Tierra Santa: Martín de Baumgarten, Georges de Chemnitz y el español Fray Diego de Mérida⁴.

En 1510 salieron de Alejandría cinco barcas francesas, apresadas por los sanjuanistas cerca de Castelrosso y pronto liberadas. Fueron retenidos los pasajeros musulmanes y sus bienes, valorados en 40.000 ducados. Como al-Ghuri sospechase que los mismos patrones habían prevenido a los caballeros de San Juan, mandó, como era costumbre, embargar las propiedades de los franceses, quienes fueron arrestados con su cónsul Felipe de Paretos⁵. Este comenzó las gestiones para calmar al Sultán y obtener la libertad. Todo iba por buen camino cuando se produjo un segundo choque con los de Rodas, esta vez de carácter muy grave: una flota de veintiséis velas, mandada por Muhamed Bey, sobrino del Sultán, salió para el golfo de Ayas a cargar municiones y maderas, pero el Gran Maestre, que había prevenido el viaje, envió diez galeras y algunas fustas que el 21 de agosto de 1510 destruyeron a los egipcios, fondeados en Alexandretta⁶.

"Le Sultan fut si consterné de cette nouvelle qu'il n'en mangea pas durant deux jours"; como represalia, detuvo todos los navíos extranjeros en aguas de Egipto y Siria, encarceló a los mercaderes *francos* del Cairo, embargó sus mercancías⁷ y expulsó a los religiosos latinos de sus conventos en los Santos Lugares⁸. En tal situación, los venecianos insinuaron la culpabilidad de los franceses y regalaron al Sultán una gruesa suma, muestra de su buena voluntad e inocencia, con lo cual volvieron a ocupar la privilegiada si-

⁴ MARTIN BAUMGARTEN, *Travels* (Londres, 1774); GEORGES DE CHEMNITZ, *Ephemeris, sive Diarium peregrinationis transmarinae, videlicet Aegypti, Montis Sinai, Terrae Sanctae, ac Syriae* (R. P. PEZII, *Thesauri Anecd. Noviss.*, tomo II, parte III, 1721, fol. IIc, 453 ff.); FRAY DIEGO DE MÉRIDA, *Viaje a Oriente*, ed. A. Rodríguez-Moñino (*Analecta Sacra Terraconensia*, XXVIII, 1946, 115-187).

⁵ SANUTO, XI, pp. 263-264.

⁶ *Ibid.*, X, pp. 570-571, e IBN IYAS, *Journal d'un bourgeois du Caire* (Paris, 1955), p. 185.

⁷ SANUTO, XI, p. 696, e IBN IYAS, p. 185.

⁸ Sobre la suerte de los frailes corrieron variadas versiones. Véanse SANUTO, XI, p. 289 y XII, p. 154; *Annales Ragusini anonymi* (*Monumenta spectantia historiam Slavorum meridionalium*, Agram, 1883, p. 96; y DIEGO DE MÉRIDA, pp. 156-157.

tuación de primeros clientes y aliados, a la vez que sus mercaderes en Egipto recobraron libertad y bienes.

Paretes continuaba sus intrigas desde la cárcel, confiado en pasadas experiencias y en la amistad que le unía al Califa. Sugirió a Qansu al-Ghuri recurrir a los buenos oficios del rey de Francia, entre cuyos vasallos estaban los caballeros de Rodas, con quienes toda negociación resultaba infructuosa⁹. El Sultán envió a un mercader de Ragusa encargándole confirmar la libertad de comercio y de peregrinaje para los franceses. Luis XII lo acogió muy bien y resolvió despachar un embajador a Egipto.

En mayo de 1511 el gobernador de Biredjik, en el Eúfrates, arrestó a un chipriota a quien se le encontraron cartas de shah Ismail para la República¹⁰. De nuevo cambió la situación para los venecianos: se confiscaron sus bienes y encadenaron a sus cónsules y mercaderes en vísperas de la llegada del embajador francés; éste venía para obtener la vuelta de los religiosos latinos a Tierra Santa, la seguridad de los peregrinos y, sobre todo, para asegurar las relaciones de comercio con Egipto. Venecia nombró a Domenico Trevisano, hombre maduro y experimentado en los asuntos de Oriente, quien traía instrucciones para desacreditar a los agentes franceses, entre quienes descollaban Taghribirdi y el cónsul Paretes. Estos hacían correr la voz de que la República estaba próxima a la ruina y que de pronto no podría enviar galeras a comerciar con Levante.

El embajador André Le Roi activó las gestiones para la devolución de los navíos por los caballeros de San Juan y, después de varios meses de negociar en vano, tuvo que trasladarse a Rodas, dejando en el Cairo a su hijo, en calidad de rehén¹¹.

El veneciano hizo su presentación un mes más tarde que el francés (28 de mayo de 1512), acompañado de un lucido séquito: el Sultán le recibió con agrado, le colmó de elogios y le concedió todo lo pedido. El afortunado embajador pudo volver a Venecia ya a mediados de julio.

Le Roi tropezó con la falta de interés del Sultán, quien empezó a darle largas. Las entrevistas se sucedieron sin resultado práctico; muchos miembros de la misión marcharon a visitar los Santos Lugares o volvieron a Francia. Al fracaso de la gestión contribuyó no poco la sagacidad de Trevisani, quien al reanudar el comercio de las especias supo atraerse al vacilante Sultán. También influyeron en ello la obstinada negativa de los sanjuanistas a devolver sus

⁹ CH. SCHEFFER, *Le Voyage d'Outremer de Jean Thenaud suivi de la Relation de l'Ambassade de Domenico Trevisan auprès du Soudan d'Egypte. 1521 (Récueil de Voyages, V)* Paris, 1884, pp. lvii y lxii.

¹⁰ SANUTO, XI, p. 480 y XII, pp. 234-236.

¹¹ SCHEFFER, p. lxvii.

presas, la prisión de Taghribirdi y, como veremos más adelante, la desconsiderada actitud del cónsul catalán.

Escribe Juan de Calahorra que como sucesor de fray Antonio de Reño fue elegido superior del Sacro Monte Sión "el P. Fray Mauro de San Bernardino, de nación español, hijo de la santa provincia de San Bernardino, electo en el capítulo general celebrado en la ciudad de Urbino a primero de Iunio del año de mil quinientos y vno"¹². Contradiciendo a varios historiadores, Bernardino de Civezza afirma que fray Mauro fue prior del monasterio de Santa Catalina del Monte Sinaí y que no vistió el hábito franciscano. De Civezza no cita a Calahorra y se apoya exclusivamente en las noticias de João de Barros¹³.

El Sultán envió a Fray Mauro para amenazar a los príncipes cristianos con la inminente destrucción del Santo Sepulcro si los reyes de España no cesaban de hostilizar a los moros, y si los portugueses no interrumpían el tráfico de las especias. Antes de su marcha, pidió el fraile visitar el Sepulcro, de cuyo interior sacó "vna tabla de mármol con algunas manchas de color pauonado, que la assemeljauan grandemente al mármol de Chío". Esta tabla, "de tres palmos y medio de larga, y poco más de vno de ancha, la diuidió en tal forma, que se hizieron de ella cinco Aras pequeñas", regaladas luego a Julio II, al cardenal Carvajal de Santa Cruz de Jerusalén, a la Reina Católica, al cardenal Cisneros y al rey Manuel de Portugal¹⁴.

Llegó fray Mauro a Venecia en abril de 1504 e informó a la República que el Sultán esperaba su ayuda frente a Portugal; los venecianos replicaron que, aunque la actividad de los lusitanos era ruinosa también para ellos, no podían enfrentarse a otro estado cristiano¹⁵. Llegó a Roma, "alemrado das ameazas deste barbaro [el Sultán], e era homem zeloso do bem universal da igreja, e simples em as malicias dos Principes tyranos". Sus temores alarmaron a Julio II, quien le entregó cartas para los reyes de España y de Portugal¹⁶. "No tenemos noticias de lo que respondió el rey D. Fernando", dice Calahorra. Don Manuel escribió al Pontífice (12 de junio de 1505) negando el valor de las bravatas de al-Ghuri quien,

¹² *Chronica de la provincia de Syria, y tierra santa de Gerusalem. Contiene los progressos, que en ella ha hecho la religión seráfica desde el año 1219 hasta el de 1632* (Madrid, 1684), p. 336.

¹³ JOAO DE BARRO, *Da Asia. Dos feitos que os Portugueses fizeram no descobrimento, e conquista dos mares, e terras do Oriente*, Decada Primeira, Parte Segunda, Libro VIII, Cap. II (Lisboa, 1778), p. 184; y MARCELLINO DE CIVEZZA, *Storia universale delle missioni francescane*, VI (Roma, 1857-1895), pp. 369-370.

¹⁴ CALAHORRA, pp. 338-339.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 338-339.

¹⁶ BARROS, p. 186.

de interrumpir las peregrinaciones, se vería privado de una importante fuente de ingresos. Exhortaba al Papa a lograr la concordia entre los príncipes cristianos, prometiendo que entonces él, como rey de Portugal, conquistaría la Meca y destruiría el sepulcro de Mahoma. Junto a este misiva entregó una considerable suma para Julio II¹⁷. Cuando regresó a Egipto, el franciscano comunicó el resultado de su embajada. Desde entonces, la figura de fray Mauro parece eclipsarse del panorama político. Sabido es con qué frecuencia correspondió a los frailes este papel de intermediarios diplomáticos entre las potencias orientales y los príncipes cristianos.

Los gobiernos islámicos a quienes correspondió el dominio de los Santos Lugares negociaron la libertad del peregrinaje cristiano a cambio de ventajas comerciales o políticas. Cierre de fronteras, impuestos exorbitantes, vejación a los peregrinos, y aún la amenaza de destruir el Sepulcro eran frecuentes métodos de coacción aunque los musulmanes nunca pensaron terminar tan rica mina. En Palestina, los intermediarios tradicionales fueron franciscanos, encargados de la custodia de Tierra Santa.

Taghribirdi, intérprete o Gran Dragomán del Sultán de Egipto, fue un personaje enigmático, sobre cuyo origen hay varias versiones. Escribe Pedro Mártir de Anglería que el mismo Dragomán le dijo ser hijo de un Luis de Prat, nacido en Montblanch, cerca de Valencia, y que naufragó siendo muy joven en las costas de Egipto donde —con reservas mentales— renegó al cabo de tres años de prisión y malos tratos¹⁸. Paolo Jovio en 1558 y Richard Knolles en 1603 afirman también que era hijo de un marinero español¹⁹, aunque su fuente de inspiración parece ser la *Legatio Babylonica*, del mismo Anglería (1.ª edición, Sevilla, Jacobo Cromberger, 1511). Esta versión resulta un tanto sospechosa, especialmente si consideramos otros testimonios: Meshullam de Volterra dice de él que era español, de origen judío, y que trataba con gran consideración a los hebreos, cuya lengua hablaba, así como italiano, turco, griego, árabe, alemán y francés²⁰. Félix Fabri le da como rabino de Sicilia convertido al cristianismo, en cuya religión se instruyó tanto que aprendió latín, teología y “ad clericatum pervenit”. Renegó de nuevo y entró al servicio del Sultán como mameluco²¹. Martín de Baumgarten escribe que Taghribirdi había sido diácono en su propia

¹⁷ *Ibid.*, p. 188.

¹⁸ LUIS GARCÍA Y GARCÍA, *Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto*. (Según la *Legatio Babylonica* y el *Opus Epistolarum* de Pedro Mártir de Anglería), Valladolid, 1947, pp. 93-95.

¹⁹ WANSBROUGH, p. 504, nota 8.

²⁰ RABBI MESHULLAM BEN R. MENAHEM DE VOLTERRA, *Viaje de Italia a Tierra Santa y Damasco*; ed. Adler Elkan, *Jewish Travellers*. Londres, 1930, p. 167.

²¹ FÉLIX FABRI, *Evagatorium in Terrae Sanctae, Arabia et Egypti peregrinationem*, III (Stuttgart, 1849), pp. 19-20.

país²². Fray Diego de Mérida llegó a tener cierta intimidad con él, y es más explícito: "Estando en Venecia huue algun conocimiento con el enbaxador del Soldan que alli estaua, el cual enbaxador hera español, de nacion catalana e auia sido estudiante e aprendido en Salamanca e, segun me dixeron, fue subdiácono e como era marrano viniendo en las partes de Alexandria renegó la fee de nuestro Redemptor Ihesuchristo e fue hecho mameluco"²³.

Ibn Iyas, cronista excepcional de la vida de su tiempo, menciona a Taghribirdi como uno de los ciento ochenta y cinco emires de diez lanzas²⁴, y atribuye el fin de su carrera a su proceder equívoco y desleal. El Dragomán fue acusado de corresponder secretamente con algunos príncipes europeos, a quienes tenía al corriente de la situación en el país y de las verdaderas intenciones del soberano. El Sultán lo mandó llamar y le mostró varias cartas que Taghribirdi no reconoció por suyas a pesar de ser de su mano. Le echaron prisiones y se le confiscaron sus bienes (1511)²⁵. En 1513 decidió el Sultán revisar causas pendientes y conceder amnistía a los detenidos en la Arqana, prisión de la corte: Taghribirdi estuvo entre los liberados. No recobró su puesto y entre fines de febrero y fines de marzo del año siguiente, fue nombrado intérprete un tal Yunis, mameluco, primer armero y después sustituto del dragomán. Añade Ibn Iyas que el puesto estaba vacante desde la desgracia de Taghribirdi²⁶.

Las opiniones también varían respecto a su carácter. Para unos, el Dragomán era personaje egoísta, interesado tan sólo en sacar dinero de quienes querían su influencia y servicios: algunos viajeros, como el alemán Fabri lo dicen así. No obstante, la mayoría de quienes lo trataron le dan por dadivoso y amable: con los judíos (Volterra) y con los cristianos, y españoles en particular (Pedro Mártir de Anglería, Fabri, fray Diego de Mérida).

Su posición dentro de la corte egipcia era privilegiada y Qansu al-Ghuri le encomendó embajadas de importancia. Vivía en el Cairo con magnificencia propiamente oriental. Su casa era obligada residencia de viajeros cristianos y judíos. El tudesco Fabri, huésped suyo, describe amplias y numerosas estancias adornadas con mármoles, una sala llena de arreos ecuestres cubiertos de plata. El dormitorio del Dragomán quedaba en una torre encristalada, recubierta de suntuosas alfombras. Contrastando con ello, había también allí calabozos donde algunos cristianos esperaban rescate o la

²² *Travels*, I, p. 328.

²³ DIEGO DE MÉRIDA, p. 120.

²⁴ IBN IYAS, p. 30.

²⁵ *Ibid.*, p. 203. Según SCHEFFER, LV-LVI, Taghribirdi cayó en desgracia a raíz de la detención de los marroquíes por los sanjuanistas en 1510.

²⁶ *Ibid.*, pp. 296 y 337.

posibilidad de huir. En la mansión de Taghribirdi era notable una colección de animales entre los que figuraban un gato de algalia, un leopardo, tres avestruces, variados loros, un león, un oso, una jirafa y un mono titiritero, a más de muchos y hermosísimos caballos. El peregrino alemán se horroriza de que las mujeres de Taghribirdi, jóvenes, europeas y bien parecidas, se adornasen exageradamente de oro y joyas²⁷.

De Felipe de Paretas sabemos que en 1498 era cónsul de los franceses y de los napolitanos en Alejandría²⁸; cuando desembarcó en esta ciudad Pedro Mártir de Angleria, embajador de los Reyes Católicos (23 de diciembre de 1501), se hospedó "en casa de un barcelonés, Felipe de Paredes, cónsul judicial allí de España y Francia"²⁹. A raíz del mismo incidente en la bahía de Ayas, cuando los caballeros de Rodas destruyeron una escuadra egipcia, todos los mercaderes franceses y Paretas estaban en la prisión de la Massara. A su natural intrigante y despierto unía el cónsul un conocimiento grande de la lengua y de la mentalidad del país. Pródigo en promesas, hizo creer al Sultán en un arreglo con los de Rodas; en la llegada del embajador francés, lo cual marcaría el principio de una nueva era de prosperidad; y en la ayuda militar de Francia³⁰. De este modo, y además mediando una gratificación de 40.000 ducados, consiguió no sólo la libertad de los franceses sino el andar libremente por la ciudad y aun visitar a menudo al Sultán "faz a faz" y sin intérprete, "perche luj ha benissimo la lingua turcha et rabscha"³¹.

En abril de 1512 entró en Alejandría André Le Roi, enviado de Luis XII, a bordo de la nave *Katherine*, mandada por Perotz de Perest, hermano del cónsul. Según Thenaud, el capitán, secundado por un tal Valeriolle, escribano de la nave, estaba de acuerdo con los judíos de Aviñón, Montpellier y zonas circundantes que pasaban al Oriente para hacer contrabando de moneda³². Ya en tierra, los viajeros fueron conducidos a casa "du consul des Castellans Phelippe de Peretz, auquel bien estoit un beau banquet préparé, garny de mains bons poissons, confections, fruitz et de bons vins"³³. Sigue diciendo Thenaud que las dificultades con los hermanos Paretas comenzaron antes de la presentación de Le Roi al Sultán, para cuya ceremonia estaban dispuestos ocho caballos. Pero el capitán de la *Katherine*, "avecques ses marrans", pidió la mitad, sosteniendo que él también era embajador, lo cual ocasionó violenta reyer-

²⁷ FABRI, III, pp. 23-32.

²⁸ ANTONIO DE CAPMANY, *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*. (Barcelona, 1962), II, p. 624.

²⁹ GARCÍA Y GARCÍA, pp. 74 y 76.

³⁰ SANUTO, XII, pp. 213, 236 y 307.

³¹ *Ibid.*, p. 312.

³² SCHEFFER, p. 7.

³³ *Ibid.*, p. 22.

ta³⁴. Más tarde, cuando Le Roi acudía a las audiencias acompañado del cónsul, en calidad de intérprete, éste, aprovechando la ocasión, "parloit au Souldan de ses affaires particuliers, quand on le faisoit parler du faict de l'eglise et du bien public"³⁵.

Paretes debió seguir en posesión de su cargo algunos años después de la caída de los mamelucos circasianos (1517). En 1525 ya había muerto, según lo indica una carta fechada en Barcelona el 8 de marzo de tal año, en la que los magistrados municipales recomiendan al bajá turco de Egipto que admita en la posesión de sus empleos a dos vicecónsules en Alejandría, nombrados por el cónsul catalán en aquella ciudad, Perotum de Malla, antiguo subordinado de Paretes y luego sucesor suyo³⁶.

Tanto Paretes como Taghribirdi fueron políticamente enemigos acérrimos de los venecianos. El primero era tenido como "molto prudente et saputo et pratico longamente nel paexe et molto cognosciuto"³⁷. En los despachos, diarios y cartas de los agentes de la República quedan abundantes muestras de la prevención que existía contra Taghribirdi por su cargo en la corte y su temperamento falso e intrigante: "quello inimicissimo de Tagavardim", le llama Pietro Zen, cónsul en Damasco³⁸; "homo fedolo et cativo et di gran inzegno"³⁹, "inimicissimo a la nation"⁴⁰, escribe Sanuto; y un veneciano del Cairo previene en contra de "li maligni Tamgavardin... capital inimico"⁴¹.

Ambos representaron por muchos años los intereses del partido francés en todo contrarios a los de Venecia. Para su gestión política, ambos funcionarios se valieron de la mentira, del engaño y de la influencia que ejercían cerca de la persona del Sultán. Haciendo creer a éste en un pacto entre el Shah y los venecianos contra Egipto, colocaron a la República en situación delicada⁴²; y precipitaron la llegada del embajador Trevisani, instruido de gestionar que Taghribirdi, aunque ya en desgracia y preso, fuese "reducto in tal termine chel non hebi modo piu de farne danno"⁴³.

La anexión de Egipto al imperio turco terminó con las tradicionales intrigas en la corte del Cairo. Los portugueses trasladaron a Lisboa la sede del comercio de las especias, con lo cual sobrevino

³⁴ *Ibid.*, p. 44.

³⁵ *Ibid.*, p. 57.

³⁶ CAPMANY, II, p. 674.

³⁷ FULIN, pp. 220-221.

³⁸ SANUTO, XII, p. 237.

³⁹ *Ibid.*, VI, pp. 419-420.

⁴⁰ *Ibid.*, V, p. 338.

⁴¹ *Ibid.*, XII, p. 210.

⁴² FABRI, III, p. 34.

⁴³ MÉRIDA, p. 150.

la rápida decadencia de Venecia como poder mercantil, y la ruina de Egipto, privado de su mayor fuente de ingresos.

Los personajes españoles estudiados aquí, en especial el Dragomán y Paretés, tomaron parte en el juego político, el primero durante treinta años y, a lo menos, bajo seis sultanes, y el último por unos diez y siete años. Su influjo sobre el ánimo del impresionable al-Ghuri cambió en más de una ocasión el rumbo de la titubeante política egipcia. En los tan minuciosos e informados *Diarios* de Marino Sanuto aparecen sus nombres con reiterada frecuencia.

Estos personajes representan para nosotros a aquellos europeos que, amén de los cautivos, tuvieron conocimiento directo del mundo musulmán. Sus andanzas ilustran las vicisitudes de una coexistencia entre dos mundos tan diferentes cuanto enemigos, en las distantes tierras de Levante. Hallamos hombres de iglesia piadosos y andariegos a quienes no importaban infinitos riesgos a cambio de visitar los Santos Lugares; cónsules, mercaderes y marinos impulsados más por el lucro; y finalmente, aventureros de toda laya, gentes de origen oscuro, cristianos y judíos, renegados por necesidad o por conveniencia, que echaron raíz dentro de la vida islámica.

Quienes visitaban el Cairo a principios del xvi se sorprendían de encontrar en lugares tan peligrosos y lejanos a no pocos paisanos suyos. Pero había más, pues se hallaban aun entre los poderosos guardias mamelucos del Sultán. Esto, que entonces admiraba, hoy nos resulta tan curioso como revelador. Parece que abundaban los españoles. Félix Fabri encontró aragoneses y catalanes junto a sicilianos, alemanes, suizos y húngaros⁴⁴; y fray Diego de Mérida escribía: hallareys alemanes, ytalianos, franceses et españoles asaz et de nuestra Castilla hallareys de Seuilla, de Toledo, de Cordoua y de Segouia y del Herena y de Portugal. Vi asturianos et fui a su casa..."⁴⁵.

El mundo de los viajeros, unidos por los más varios intereses, no sólo aparece lleno de colorido sino que presta realidad a los lazos personales internacionales entre esos dos mundos enemigos.

Y recordemos aquellos dos personajes históricos del mundo literario, el renegado y el cautivo. No nos ocupamos aquí particularmente de cautivos, héroes de la lealtad a su Dios y a su rey, pero sí de uno de los más notables tipos de renegado. En las letras españolas suele encarnar la traición y la bajeza. El conocimiento detallado de estos personajes y de su orientación literaria, merece estudiarse aparte. Por el momento, contentémonos con observar el carácter típico y colorido de estos españoles, personajes capaces de rivalizar en riqueza de aventura con los que creaban los ingenios novelescos del Siglo de Oro.